

LAS VERDES COLINAS DE LA TIERRA

Miquel Barceló

Hace un par de meses les hablaba de "astronáutica ecológica" como excusa para hablar de *Jinetes de la antorcha* (1974) de Norman Spinrad. Pero, si hemos de ser sinceros, la reflexión ecológico-poética sobre el planeta Tierra viene de lejos en la ciencia ficción.

Robert A. Heinlein es autor de un cuento de gran carga emotiva que ha tenido amplio eco y consecuencias en el mundo de la ciencia ficción. Se trata de *Las verdes colinas de la tierra* (The Green Hills of Earth, 1951), donde se introduce un personaje, Rhysling, que se ha convertido en emblemático en la historia de la ciencia ficción y que ha acabado prestando su nombre para etiquetar el premio internacional más importante dedicado a la poesía de ciencia ficción.

Sí, lo he escrito bien: poesía....

El relato en cuestión apareció publicado por primera vez en el *The Saturday Evening Post* el 8 de febrero de 1947. Luego fue recogido en diversas antologías y hoy es un clásico indiscutible. El título procede de otro relato clásico, *Shambleau* (1933) de Catherine L. Moore, en donde el personaje Northwest Smith tararea una canción titulada precisamente "Las verdes colinas de la Tierra".

Pero quien convirtió esa frase en un emblema fue Heinlein en su relato de 1947. En él se narra la historia de un "aviador a chorro" apodado "Ruidoso" Rhysling ("Noisy" Rhysling), el Cantor Ciego de las Rutas Espaciales (The Blind Singer of the Spaceways). Rhysling, ciego por efecto de la radiactividad procedente de una avería en su nave, recorre durante más de veinte años el espacio como cantor y poeta ayudándose de su creatividad poética para hacer canciones acompañándose con un viejo acordeón.

En un último viaje, casi como polizón, intenta volver a la Tierra y un nuevo accidente le lleva a quedarse espontánea y voluntariamente junto al motor averiado y, con su esfuerzo y experiencia, logra salvar a la nave y a la mayoría de sus tripulantes. Pero Rhysling es consciente de su muerte casi inmediata ya que "*era incapaz de ver la neblina roja y ardiente en la que trabajaba, pero sabía que estaba allí*".

Es en esas circunstancias cuando Rhysling, el poeta, da la forma final a la más famosa de sus creaciones:

Oramos por un último aterrizaje

En el globo que nos vio nacer

Dejadnos descansar los ojos en las lanudas nubes del cielo

Y las frescas, verdes colinas de la Tierra

en lo que es mi propia traducción de un original que reza: "We pray for one last landing/ On the globe that gave us birth/ Let us rest our eyes on the fleecy skies/ And the cool, green hills of Earth".

Estos versos se han convertido en canción, versionada varias veces por miembros de la comunidad *filk*, algo así como el "folk" de la imaginación. Un grupo de gente de lo más variado que compone canciones de culturas imaginadas, como hiciera, por ejemplo Ursula K. le Guin en su novela *El eterno retorno a casa* (1985) que, en la versión original en inglés, se vendía con un cassette con canciones y poesías de los kesh (el pueblo del que se hablaba en la novela); o Jane Yolen con canciones incorporadas (música y letra) como anexo en novelas brillantes como *Hermana Luz, hermana Sombra* (1988) y *Blanca Jenna* (1989).

Y, *last but not least*, desde 1979 existe el premio Rhysling, para galardonar la mejor poesía de ficción especulativa (SF: *speculative fiction*), o, si quieren, la mejor poesía de la

versión moderna de la ciencia ficción (SF: *science fiction*). Y añadiré que me siento orgulloso de ser amigo de Joe Haldeman quien ha ganado este premio varias veces...

Yo leí ese relato sobre Rhysling en la versión "libre" que redactara José Mallorquí para la revista FUTURO donde, en los años cincuenta, no se citaba el autor original por aquello de no pagar derechos. Pero esa breve poesía ha quedado siempre en mi memoria.

Rhysling con su ecológico canto a "las verdes colinas de la Tierra" y su ceguera radiactiva enlaza, de manera casi misteriosa, los temas de las *Paradojas* de los dos últimos meses: ecología y energía nuclear con sus peligros.